

# El año del vaivén

*En sus diarios, Trapiello, el mejor cronista de nuestro tiempo, recurre con sagacidad a su propia vida como testimonio de la de todos, y pone su yo en el tablero para hablar de un nosotros que tomo a tomo se hace más nítido.*

JUAN MARQUÉS

ANDRÉS TRAPIELLO, *SERÉ DUDA*, PRE-TEXTOS, VALENCIA, 2015.

En una de las últimas páginas de *Seré duda*, mientras observa con emoción agradecida el improvisado ensayo callejero de unos estudiantes de música que pocos minutos después van a enfrentarse a un examen, Andrés Trapiello comienza a hacer balance de aquel 2005 que entonces terminaba y se muestra “contento porque ya se han acabado todos los viajes por este año” (pág. 687). Pocos días después, tras invadir y profanar justificadamente una instalación artística con forma de tióvivo en el MUSAC de León, repara en la paradoja de que se llame “viaje” a las siempre ensimismadas vueltas que da un carrusel, y en ello, tal vez indeliberadamente, palpita una de las claves del año y del libro que llegan a su fin. Aquellos fueron, desde luego, doce meses agitados para el autor (que se consuela con la impresión de que “lo que nos distingue a los viajeros de los turistas es la soledad” pág. 596): la promoción casi frenética de *Al morir don Quijote* y de sus inmediatas traducciones, la desengañada recogida de los premios

que recibió, unos días en Marruecos, una vuelta por Bucarest y algunos pocos *bolos* se llevaron a ninguna parte una buena porción del calendario, lo cual no impidió que se desarrollasen con normalidad esas rutinas suyas que anota desde 1987, y que comparte con nosotros desde hace 26 años con una cadencia variable. *El gato encerrado*, publicado en 1990, comenzaba en el Rastro, lugar realmente sublime e incomparable para inaugurar un proyecto literario que tiene mucho de proceso de reconstrucción de una vida, y por tanto de la vida, y en sus páginas ya nos invitaba además a su casa de campo en Extremadura, nos guiaba por las cuatro calles madrileñas de su día a día, nos presentaba a su mujer, M., a sus hijos, R. y G., nos hablaba de unos pocos amigos y de un puñado de libros, se mostraba agradecido a Ramón Gaya o, por supuesto, a Cervantes.

Todo eso sigue aquí, 19 libros después, en 2005, como núcleo duro o zona de seguridad de una experiencia que se va reafirmando a la que vez que avanza y crece, tenaz en la preservación de las cosas que se adivinaron o se supieron importantes dos décadas atrás, pero siempre inquieto, más curioso que aventurero, a la hora de descubrir nuevos caladeros donde, a pesar del título del nuevo tomo, encontrar nuevas certezas y hacerlas suyas para siempre, contándonoslas, ya que, como se dice en el mismísimo final (de nuevo en su finca de Las Viñas, compartiendo la Nochevieja con su familia y sus amigos editores), “se diría que todo fuese a durar siempre, incluso cuando ya no estemos ninguno de nosotros” (pág. 714).

*Seré duda*, por tanto, está escrito en lo que podríamos llamar “presente perpetuo”, algo muy propio de los diarios pero que en el de Trapiello viene acentuado por la abrumadora verdad que los atraviesa, una verdad que, siendo literaria, es mucho más que eso, lo cual quiere decir que no tiene tanto que ver con la veracidad (nadie garantiza que las cosas sucedieran exactamente como las vive él o como las registra) como con una realidad que no es la de los hechos probados o documentables (territorio de los historiadores) ni la del registro fiel y cabal de lo que pasa (negociado de los buenos periodistas), sino la enriquecida por la mirada del poeta. Trapiello nunca ha sido tan explícito

sobre esto, al menos en los propios tomos del *Salón de Pasos Perdidos*, como en el “Prólogo profesional” que ahora incluye, y mucho después, con uno de esos habituales anacolutos barojianos que son marca de la casa, se vuelve a advertir al lector que “estos libros [del *Salón*] como crónica creo que no tienen ningún valor, porque la realidad está en ellos alterada, deformada o inventada” (pág. 470). Y, sin embargo, es precisamente en esa misma página donde comienza el bloque menos ficticio y más veraz y sentido del libro, pues es cuando, en el aeropuerto de La Coruña, le sorprende una llamada que le avisa de la muerte de Gaya. La grandeza de las hojas que siguen a ese sobresalto es imposible de resumir o replicar, y no puedo hacer sino remitir a ellas. Solo una cita: “La vida es tan hermosa que aquí querríamos quedarnos todos, incluso los longevos como él, un poco más, no por avaricia, sino por pundonor, por creer que podremos saldar así con la vida la deuda que contraemos con ella a cada instante” (pág. 477).

Hablaba hace unas líneas de anacolutos. En la primera frase de este diario, superada la insólita ristra de cinco prólogos, Trapiello (que —no tengo por qué ocultarlo— es para mí lo que Gaya fue para él) apunta que el propósito de aquel nuevo año iba a ser “no hacer literatura” (pág. 29). Esos mínimos y siempre expresivos descuidos sintácticos, así como ciertas faltas de concordancia, algunas repeticiones léxicas, oraciones que se van amplificando y matizando y complicando hasta que ya no se recuerda cuál era el sujeto... también contribuyen lo suyo a la hospitalaria sensación de, efectivamente, no estar ante un producto literario, ante un texto repulido y sobreactuado, sino ante un diario genuino que, como tal, está escrito a vuelapluma y después no se corrige (aunque Trapiello ha contado con qué cuidado reelabora y amplía los suyos), ante el puro correr del tiempo bien vivido, ante un presente que sorprende e improvisa y que queda anotado con espontaneidad, honestamente, como sale, a la manera de un fotógrafo callejero, no uno de estudio, y, siendo así, ese tan anhelado no-estilo hace que el lector sienta que no se le está estafando nada, que lo que lee es lo que hubo, lo que hay, lo que es y lo que será siempre, aunque podamos nosotros, metafísicamente, ser duda. Como se dice

en otro lugar, acerca de una casa sevillana, en estas páginas “hasta los desperfectos parecen cultivados, como perlas” (pág. 459). Pero importa más la sentencia que leemos al pasar esa misma carilla: “El gusto cambia con los tiempos, pero hay algo invariable en todos ellos: el amor por la sencillez, por el silencio, por la naturalidad” (pág. 460).

Volviendo a lo que específicamente trae este tomo, es impactante para sus lectores habituales el momento en que su hijo G. anuncia solemnemente y por sorpresa que también ha comenzado a recorrerlos. Es ese el sobresalto divertido de un volumen que trae otro preocupante para M. y para todos en forma de tumor, y en el que se asiste asimismo a la precoz muerte del editor Fernando Pérez (asunto sobre el que Julián Rodríguez escribió páginas intensas en su novela *Cultivos*), recogida en párrafos en los que se expresa la perplejidad por ese tránsito de un modo tan sublime como cercano: “Éramos del mismo tiempo. La vida nos reúne por edades, como en el colegio. Alguien lo ha llamado, se sale de la fila, y lo vemos desaparecer camino del despacho del director. No sabemos la razón de esa llamada intempestiva” (pág. 421). Los lectores de Trapiello estamos acostumbrados a apuntes fulgurantes como este, pero nunca dejarán de admirarnos, ni de sorprendernos su cantidad y su calidad, su frecuencia, su profundidad y su belleza (y “la belleza hace enmudecer a todos, excepto a los que se empeñan en ser grandes escritores contemporáneos”: pág. 295). De cada tomo del *Salón* podrían extraerse ideas como para escribir decenas de poemas brillantes. Mi favorita de este tomo es esa tan modesta que apunta que “la luna se quedó en un rincón del parabrisas, como una de esas pegatinas de la ITV”: pág. 480), pero insisto en que los aforismos saltan por todos lados, y pueden ser, entre muchos otros casos, de carácter intuitivo (“Es muy difícil que el arte pueda superar a la realidad cuando esta se emplea a fondo”: pág. 317), metadiarístico (“Si uno no está solo no puede escribir nada, y menos un diario”: pág. 646), literario (“Para escribir, más que para ninguna otra cosa, hay que dejar la imaginación donde no estorbe al sentimiento”: pág. 368) o sociológico (“cada día me gusta más relacionarme con gente que ni siquiera sabe que yo soy escritor. El anonimato llegará a ser en esta sociedad, que hace todo

lo posible por destruirlo cada día, el bien máspreciado”: pág. 584), lo cual se baraja con opiniones que habitualmente contienen cierto espíritu combativo o al menos pueden mover a la controversia, bien en cuanto a lo general, que no abstracto (“Ni uno solo de los poetas, escritores, pintores o músicos que he conocido, o a los que yo he dado ese nombre, me ha decepcionado nunca como persona, ni creo que me decepcionaría si conociera a los de siglos pasados cuyas obras son para mí ejemplos de vida”: pág. 686), bien en lo particular, descendiendo a citar nombres concretos (“Todo Claudio Rodríguez, el mejor poeta de su tiempo, y todo Cunqueiro, el mejor prosista de la segunda mitad del XX, se publicaron bajo el franquismo”: pág. 677).

Respecto a su recién citada profecía sobre el anonimato, yo creo que, en efecto, nuestro tiempo será recordado algún día como una época de frivolidad general y de legitimización de la egolatría, años en los que no solo asistimos a un auge y una exaltación del narcisismo sino a casi su prestigio, su obligatoriedad, lo cual implica un desprecio por la discreción, un desdén hacia el pudor. También por ello es tan importante que sea Trapiello en estos diarios el mejor cronista de lo que nos está pasando, el que con más sagacidad recurre a su propia vida como testimonio de la de todos, y pone su yo en el tablero para hablar de un nosotros que tomo a tomo se hace más nítido (gran mérito de “este novelista que, en efecto, se llama Andrés García Trapiello, como todo el mundo”: pág. 18). Será acaso también por eso por lo que por fin va ganando muchos más lectores y visibilidad social el que sin ninguna duda es el proyecto narrativo más alto y más hondo de los que se están llevando a cabo por aquí en nuestros días, un carnaval introspectivo y totalizador que baraja las verdades eternas con las patrañas de la actualidad, el ejemplo de los maestros con las miserias de los tontos o, en fin, todo lo mejor y todo lo peor de todo eso que todos somos.



JUAN MARQUÉS ES POETA Y CRÍTICO LITERARIO. AUTOR DE *UN TIEMPO LIBRE Y ABIERTO*.